

Misión de Bachajón, Chiapas. Itinerario histórico

Morales E., Mardonio

2015-03-04

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/267>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>





MISIÓN DE BACHAJÓN, CHIAPAS. ITINERARIO HISTÓRICO

Mardonio Morales E. SJ

PRESENTACIÓN

Mardonio Morales ha recorrido a pie los Altos de Chiapas durante treinta y cinco años, conviviendo con los *T'seltales*, participando sus angustias y esperanzas. Difícilmente podríamos encontrar a alguien con mayor autoridad moral ante las comunidades *T'seltales*. Esto explica el triunfo callado y de trascendencia inimaginable de la «Iglesia autóctona» en la región. Mardonio ha logrado lo que los grandes evangelizadores anhelan: fundar en roca firme la Iglesia de Jesucristo. Esta hazaña significa que los indígenas no serán ajenos en medio de las instituciones occidentales de la Iglesia, significa que ellos celebrarán y vivirán la fe y esperanza cristiana dentro de su horizonte cultural y social. La Iglesia católica o universal se ha embellecido con el rostro *T'selta*, ahora tiene hijos que oran en su lengua, diáconos que celebran los sacramentos con un ritual que resuena en sus tradiciones, catequistas que les hablan a su propio corazón. La exhortación del Concilio Vaticano II sobre «inculturar la fe» se ha hecho realidad en Chiapas.

Quienes conocemos a Mardonio de siempre podemos afirmar su autenticidad de mexicano y de jesuita, identidades que se hacen una sola en la actuación diaria de entrega por la integración de mexicanos marginados bajo la guía del evangelio. Mardonio camina por el «en todo amar



y servir» de Ignacio de Loyola en senderos ásperos de la sierra chiapaneca y en senderos más ásperos aún de contradicción por parte de los poderosos enemigos de la liberación de los pobres. Sudores y lágrimas, ayunos y fatigas han fructificado en dignidad y libertad para los *T'seltales*. La cruz no es más que víspera de resurrección.

Xavier Chacha, SJ

**Evolución histórica de la Iglesia autóctona
en la misión de Bachajón.
No estamos solos**

Para poder explicamos el actual proceso eclesial que se desarrolla en la Diócesis de San Cristóbal, es necesario remontamos al dato revelado. Es emocionante el constatar esta realidad de fe.

I. La práctica de Jesús

Después de tres años de intenso trabajo, de una total dedicación, Jesús se reúne con sus Apóstoles en la última cena, y les descubre el misterio de lo que va a venir. Les conviene que yo me vaya, les decía. Si yo no me fuera, no vendría a ustedes el Espíritu Santo. Pero al volver a mi Padre, les enviaremos el Espíritu Consolador. Él les recordará todo lo que yo les he enseñado. Y así podrán ustedes ser mis testigos por todo el mundo. No quedarán solos.

Los Apóstoles son gente sencilla, generosa, honrada, pero no tienen preparación académica alguna. Siguen con generosidad y entusiasmo a Jesús durante estos tres años. El Señor los va formando humanamente en la actividad diaria de su trabajo evangelizador. Absorben ellos, en su cultura oral, toda la amplia enseñanza del Maestro, y graban en su cora-

zón cada una de las vivencias que van experimentando con él. Pero son rudos, con todos los espontáneos defectos de quien debe luchar a diario por el sustento. Jesús quiere formar con ellos una familia, una comunidad.

En esa misma última cena aparecen con evidencia, juntamente con su sinceridad, una serie de pequeñeces y defectos que hacen prever —en lo humano— el mayor fracaso de la historia. Por ejemplo, Pedro, el más vehemente y generoso colaborador de Jesús, es un fanfarrón que no tardará, esa misma noche, en negar a Jesús. Otro, Judas, el traidor que no dudará en entregarlo personalmente, por el precio de unas cuantas monedas. Los otros diez saldrán huyendo y dejarán solo a Jesús, que será preso, juzgado, condenado y muerto, sin que ninguno mueva un dedo en su defensa.

La promesa de Jesús está ahí: «resucitaré al tercer día, volveré a mi Padre; a ustedes les enviaré el Espíritu Consolador, y así darán testimonio de mí por todo el mundo.» Después de la tragedia de la Cruz, Jesús los reúne y reanima durante cuarenta días. Sube al cielo delante de ellos. Diez días después reciben al Espíritu Consolador, y quedan transformados. La promesa de Jesús se cumple: no quedarán solos. Hasta el fin de los tiempos, los discípulos de Jesús contarán con la asistencia continua del Espíritu que Jesús les envía por encargo del Padre. El libro de los *Hechos* de los Apóstoles nos presenta esta actividad del Espíritu Santo en la vida, trabajo y lucha de los discípulos, que a pesar de sus limitaciones humanas, van siendo testigos fieles y esforzados de Jesucristo Salvador. De la vida eclesial que nos exponen los *Hechos* de los Apóstoles, sacamos la verdad revelada y que podemos constatar: no estamos solos.

2. El Nuevo Mundo

Pasarán mil quinientos años, en los que el Espíritu Santo continuó su trabajo en los discípulos como testigos de Jesús y en las culturas huma-

nas para mantener en el mundo la chispa del amor que da sentido a la vida. Llegaron los años aciagos de las guerras de conquista, de destrucción y muerte que después del descubrimiento de América llenaron de luto al mundo. Nunca se había dado, ni se dará quizá, un exterminio tan brutal. Millones de hijos de Dios que fueron masacrados, torturados, muertos y esclavizados. y en medio de este horror estaba allí el Espíritu de Dios trabajando y construyendo entre sus hijos más abandonados una nueva sociedad sujeta a las vicisitudes y debilidades humanas. Suscitó grandes y generosas figuras que siguiendo las huellas de Jesús, pondrían los cimientos. El espíritu trabaja misteriosamente. Sabe combinar lo que para nosotros es prácticamente imposible: el respeto irrestricto de la libertad humana y el impulso fuerte y generoso para que el amor se realice en el mundo. Nuestra responsabilidad queda intacta, su acción es eficaz. Así, en cada generación constatamos este claroscuro, este misterio de iniquidad que no logra destruir el misterio del amor.

La historia de la Colonia está marcada por este sistema injusto y cruel en sí mismo. El Espíritu acompaña, inspira, fortalece y logra formar una vigorosa vida comunitaria que da sentido a la existencia. A los más pobres entre los pobres de esta época colonial —los indígenas— les hace experimentar la vivencia de lo que Jesús nos trajo: formar la familia de Dios. El Espíritu Santo fortalece su tendencia comunitaria que será el baluarte para resistir a las fuerzas desintegradoras y opresoras de los poderosos. Solamente así se puede explicar la sobrevivencia de estos pueblos masacrados, diezmados y explotados por el sistema colonial.

3. Intento fallido de libertad

La independencia del sistema colonial la llevan a cabo los no indígenas, son los mestizos, ilustrados y embebidos en la nueva oleada de la civilización occidental, los que se unen y organizan, al margen de los que

viven sin vivir, de los grupos indígenas que siguen siendo la mano de obra barata y la carne de cañón. Cambian de amos y sufren las consecuencias de las nuevas ideologías y las nuevas ambiciones. El liberalismo los despoja de lo que a lo largo de 300 años de colonia habían logrado conservar. Pierden sus tierras comunales y pasan a ser acasillados y son quienes deben cargar con la muerte, el hambre y el peso del fusil. Muchas etnias simplemente desaparecen por inanición. En el «Siglo de las Luces», que para el indígena es el tiempo más tenebroso, los pueblos indígenas a lo más subsisten.

Ante esta realidad aplastante, el Espíritu del Señor continúa con su obra fuerte y misteriosa. A pesar de la opresión y el abandono, las comunidades siguen misteriosamente en su vida de profunda espiritualidad, siguiendo los cauces de la primera evangelización, y reinterpretando de manera intuitiva su realidad, su cosmología, sus costumbres, siguiendo lo que se les había presentado como revelado por Dios. Así se configura y fortalece lo que ahora llamamos religiosidad popular. Contradictoriamente a la realidad social que se les impone, el Espíritu Santo trabaja dentro de las comunidades.

Mientras la sociedad occidental se sumerge en la increencia, en la ambición y en el despojo de los demás, las comunidades indígenas continúan en su camino de servicio al Creador, y en medio de mil obstáculos y en franca oposición vital a los que tienen por Dios al dinero, esas comunidades siguen siendo creyentes y fieles servidores. Aunque el mundo del poder y la riqueza ignora a los indígenas, los explota y trata de extinguirlos, ellos no están solos. El Espíritu está con ellos. Humanamente no se explica su sobrevivencia y la fuerza de su religiosidad a pesar de las guerras de exterminio y las revoluciones tan destructivas de la primera parte de este siglo. No están solos. Su fidelidad al Espíritu Santo ha fructificado no sólo en que sobrevivan, sino en el aporte a una

vida nueva que llega a la expresión de que América Latina es el continente de la esperanza. Porque esta acción del Espíritu no está reducida a esta o aquella comunidad indígena: se da a nivel continental. Lo que caracteriza a la América Latina (aunque es más exacto llamarla Amerindia, porque abarca también a los países del norte) es esta unidad en la pluralidad de los pueblos indígenas. Causa pasmo constatar esta realidad, que no se puede explicar sin la acción del Espíritu Santo. La segunda mitad del siglo vendrá a dejar al descubierto esta misteriosa, constante y fuerte acción de aquel a quien Jesús nos envía constantemente conforme a su promesa.

4. Aparece el mundo indígena

Lo que está sucediendo a nivel muy local en la Diócesis de San Cristóbal a partir del decenio de los años 50, nos deja ver cómo se cumple a nivel más amplio, a nivel continental, lo que Jesús dijo a sus Apóstoles: no los dejaré solos, les conviene que yo me vaya, porque les enviaré de parte de mi Padre el Espíritu Consolador. Él les hará recordar todo lo que les he enseñado. No estarán solos.

Reduciéndonos pues al pequeño grupo indígena de la Diócesis de San Cristóbal en Chiapas, nos encontramos con una realidad de esclavitud que va más allá de lo sucedido en la época colonial. Si al inicio de la Colonia se llegó a pensar que el indígena no era persona humana, en este tiempo al indígena se le trata como bestia de carga. Los dueños de las fincas cafetaleras, por ejemplo, al terminar la recolección del grano, regresaban con su familia a la ciudad. El patrón montado a caballo; su esposa e hijos regresaban a «lomo de indios». La Señora se sentaba en una silla, y un indígena la cargaba sobre sus hombros con un mecapal en la cabeza. Como bestia de carga. El trabajo en la finca es de sol a sol, sin posibilidad de buscar otro lugar de labor y con un sueldo más que

miserable. En estas condiciones florecen el alcoholismo, las enfermedades, la desnutrición, en un ambiente de abandono e ignorancia a todos los niveles. En este entorno tan deprimente se da contradictoriamente una fuerte y tenaz espiritualidad de servicio a «nuestro Señor» que lo ha creado todo, de quien depende nuestra vida, y que está pendiente de lo que necesitamos. Celebran sus fiestas tradicionales, conservan sus ritos, sus costumbres, no abandonan, en la medida de lo posible, su hospitalidad, su sentido comunitario. No están solos. El espíritu trabaja en medio de este ambiente tan inhumano, de suerte que se conserva y se deja sentir la chispa del amor.

Estamos en el decenio de los años 50. El obispo de Chiapas, que abarcaba a todo el estado como Diócesis, en ese tiempo, cuenta sólo con 17 sacerdotes para atender pastoralmente tan amplia, complicada y azotada región. Ante esta problemática humanamente insoluble, el Sr. obispo Lucio Torreblanca apoya decididamente la fundación de los misioneros del Sagrado Corazón, del Padre Teodosio Martínez, para la atención de las comunidades indígenas. Es el inicio de la liberación. Con esto se conjuga otro golpe del Espíritu al llegar los presbiterianos a evangelizar la región. Dentro de la contradicción de ambas tendencias confesionales, se da el fenómeno de una sincera búsqueda por el reencuentro con Dios y por sacudirse los efectos de la opresión: alcoholismo, enfermedad e ignorancia humana.

Los misioneros del P. Teodosio inician desde Tenejapa el movimiento de catequistas que tiene dos características importantes: 1) atiende a la población indígena dispersa por la sierra, iniciando así el proceso de atención a la periferia que rompe el centralismo parroquial y el control subsiguiente de la gente de poder; y 2) la catequesis se da en la lengua indígena, abriendo así una nueva etapa que va directamente contra el racismo. También el movimiento presbiteriano tiene estas característi-

cas. No puede uno menos de exclamar ante estos acontecimientos: no estamos solos. Es el Espíritu quien nos llama a los indígenas, a los mestizos, a los encargados de la evangelización a seguirlo por este camino que es el inicio de la búsqueda por una real liberación.

5. Los catequistas

El movimiento catequístico se extiende rápidamente por la región tseltal.

Continuaré la reflexión siguiendo el proceso que se viene dando en esta parte de la sierra de Chiapas, sin por ello ignorar que el Espíritu sigue su trabajo en las restantes regiones de Tsotsiles, Choles, Tojolabales, Zoques, etc. Hacia finales del decenio, en 1958, el obispo Lucio Torreblanca entrega a los jesuitas la Parroquia de Bachajón. Éstos recogen y profundizan el proceso catequético. Se afianzan las dos líneas: salir a la periferia y fortalecer la cultura indígena a través del uso de la lengua, del respeto a sus costumbres y modo de ver la vida y el mundo. Esto supuso un largo camino de conversión para salir de nuestro etnocentrismo. Si en algún acontecimiento se hace palpable la acción del Espíritu, es en estos procesos internos que abarcan a individuos y comunidades. En esta interrelación cultural aparece su mano maestra.

Se inicia así en la región una intensa actividad al entrar en contacto directo con las comunidades o grupos dispersos por la sierra. El nuevo método pastoral, iniciado con esta salida a la periferia, abre perspectivas insospechadas de renovación eclesial. Aunque todavía dentro del ambiente preconiliar comienza a vivirse una apertura y un nuevo viento refrescante. La frase de Juan XXIII de «abrir la ventana para que entre el viento» comienza a realizarse —aun antes de ser pronunciada— en esta nueva experiencia. El decenio de los años 60, tan importante a nivel mundial por el Concilio Vaticano II, se inicia con la llegada a la Diócesis del nuevo obispo Samuel Ruiz García. Llega con el impulso juvenil de

entregarse a los más pobres entre los pobres. Apoya estos nuevos intentos pastorales, y acompaña desde los inicios con su presencia física la visita a las comunidades. Así se hace patente la promesa de Jesús: no los dejaré solos.

6. Bajo el impulso del Vaticano II

La celebración del Concilio Vaticano II y su puesta en marcha en Medellín, constituye el más fuerte y definitivo aletazo que impulsará el desarrollo pastoral y humano de estas zonas y regiones indígenas. Se abrió la puerta para iniciar una búsqueda que nos iba a llevar a un compromiso que desembocaría en una iglesia que respondiera al modo de ser indígena y que se entregara al compromiso social. El contacto directo y vivencial con las comunidades llevó a los encargados de la evangelización a que se les abrieran los ojos ante la terrible esclavitud en que vivían los indígenas, y los llevó al compromiso de lucha por encontrar caminos de liberación. Un cambio estructural a todos los niveles sólo podía ser posible si se iniciaba desde el interior de la misma comunidad. Pero a la vez suponía una acción efectiva que resultara en la real liberación de la esclavitud. En la línea pastoral, tanto catequética como litúrgica, se empezó a inculturar lentamente esta iglesia posconciliar. Asimismo el Espíritu nos impulsó, a través de la influencia y presión de los presbiterianos, a lanzarnos de lleno a la catequesis bíblica. El Concilio nos facilitó las herramientas necesarias para ello.

El decenio de los años 60 fue importante para la región, porque fue la apertura de la frontera agrícola hacia la selva. Fue como una explosión que dispersó a la gente en cientos de ejidos dispersos en una amplísima zona. Continuamente brotaban las nuevas comunidades. Pero estas nuevas comunidades iban acompañadas por sus catequistas y principales que llevaban la vivencia de una vida nueva. El largo proceso durante

estos 30 años para llegar a la formación de nuevas comunidades ha estado acompañado de una intensa praxis evangelizadora, llevada a cabo por catequistas y principales con la asesoría del obispo y su equipo pastoral. Retrospectivamente, nos encontramos con otra realidad social distinta a los tenebrosos tiempos de la esclavitud de las fincas, por más que aún resintamos sus devastadores efectos. Al ver ahora estas comunidades que luchan y se organizan sentimos el ánimo de decir que el amor en el mundo es posible. La promesa de Jesús de que no estaremos solos hasta el final de los tiempos se cumple palpablemente.

7. Vida y fe

En 1970, la rica vivencia de un contacto directo con la diversa situación de las comunidades y grupos indígenas nos hizo caer en la cuenta de la incongruencia de una fe vivida rutinariamente, sin compromiso y con la actitud lacerante de aceptar pasivamente la opresión ejercida por quien se consideraba «católico, apostólico y romano.» El Espíritu hace surgir la indignación ética, ante la cruda realidad de un abuso insoportable. Así surge la denuncia eclesial ante las autoridades civiles de esta situación concreta de opresión extrema. Se inicia con ello una acción concientizadora de una lucha legal por la recuperación de tierras, por la impartición de la justicia y por una retribución por el trabajo que cumpliera las exigencias del derecho. No estábamos solos. El Espíritu dejaba en claro de esta manera en qué consistía el verdadero cumplimiento de la ley del amor que va hermanada con la justicia. Una vez más, el Espíritu salía en defensa de los oprimidos.

Tenía el Espíritu Santo reservada una gran acción concientizadora con la celebración del primer Congreso Indígena de San Cristóbal de las Casas en octubre de 1974. El brillante y hermoso espectáculo de la polícroma tradición indígena en la variedad barroca de sus vestidos, lle-

va un terrible trasfondo de opresión. En tiempos de la colonia los conquistadores tenían pánico de los levantamientos indígenas contra la estructura opresora. Por eso idearon que cada pueblo tuviera su propio vestido. Tenían prohibido ir de un pueblo a otro, de manera que no conocieran la situación de los demás y no tuvieran la tentación de unirse para su liberación. El esplendor barroco que resultó de esta política, llevó a un total desconocimiento de su realidad social tan deprimente.

Durante el año 1974 se celebró el 500 aniversario del nacimiento de fray Bartolomé de las Casas. El comité académico que operaba en San Cristóbal, organizó una serie de eventos de tipo jurídico y de análisis de lo que significó la lucha libertaria de fray Bartolomé en favor de los indígenas. Este comité, basado en el dato del trabajo entre las comunidades del obispo Samuel Ruiz y su equipo, invitó a don Samuel a que organizara un acto indígena para conmemorar a su antecesor en el obispado. Don Samuel y su equipo aceptaron, con la condición de que fuera un acto que supusiera un proceso de reflexión, y de ninguna manera un acto folklórico. El Comité y las autoridades civiles aceptaron y apoyaron esta iniciativa.

A partir de septiembre de 1973 se inicia así un proceso de reflexión de las comunidades. En reunión mensual de representantes con posterior reflexión de cada comunidad, los mismos indígenas escogen cuatro temas para examinar su realidad actual: tierra, salud, comercio y educación. Durante un año, hasta llegar a octubre de 1974 van cayendo en la cuenta de la profundidad en que habían caído por la inmisericorde opresión, y van conociendo que solamente unidos podrán salir de semejante depresión. Cuando en octubre, ante el Comité Fray Bartolomé, ante las autoridades civiles, ante la opinión pública nacional, expusieron la magnitud de la opresión que se daba en Chiapas en las cuatro etnias principales que reflexionaron: la Tseltal, los Choles, los Tsotsiles y los

Tojolabales; surgió el grito libertario que iniciaría el proceso de lucha organizada. Solamente unidos podremos salir adelante.

8. Un reconocimiento necesario

Posteriormente, en la evaluación que don Samuel hizo, con su equipo, del evento realizado, surgió esta inquietud: los indígenas han reflexionado en su situación de opresión en esos cuatro capítulos: tierra, salud, comercio y educación. Han lanzado su grito profético de liberación. Pero no nos han dicho en qué y cómo nosotros como Iglesia los hemos y los estamos oprimiendo. Era necesario que reflexionaran en su realidad eclesial. Se inició entonces una reflexión en las comunidades que llevó varios meses. A mediados de 1975 se recogió en Bachajón el sentido de las comunidades. Ante el cuestionamiento de qué sucedería en el caso en que nosotros los encargados de la evangelización tuviéramos que salir de la región, por cualquier causa, y dejar de nuevo solas las comunidades como sucedió el siglo pasado, cuando se terminó la evangelización colonial, un principal que recogía el sentir de los demás después de la reflexión, expresó: «llevan ustedes 15 años de trabajo entre nosotros. Es trágico que de repente se retiren y todo quede abandonado. Esto significa, decía, que no están trabajando bien. Porque yo sé, expresaba, que Jesús trabajó tres años solamente. Lo mataron, resucitó y se fue al cielo con su Padre. Sin embargo su obra permanece desde hace veinte siglos. ¿Qué hizo Jesús que no están haciendo ustedes?», Él mismo se respondió. «Lo que Jesús hizo fue no dejamos solos. Nos dio a su Espíritu. El Espíritu Santo, decía el Principal, fue el que conservó y lleva adelante el trabajo de Jesús. Pero ustedes nos niegan el Espíritu, lo tienen acaparado. Es cierto, decía, que nos dan al Espíritu Santo en el bautismo. Pero ese Espíritu que se entrega para cuidar a la comunidad, ustedes lo tienen acaparado. Dénos el Espíritu Santo que cuida a la

comunidad y no dependeremos de si ustedes están o no están entre nosotros».

De esta manera nos expresaron en qué estábamos oprimiéndolos. Les quitábamos el derecho a llevar en sus manos la obra de Jesús, porque les quitábamos el acceso al Espíritu que Jesús había dado a todos sus seguidores. Don Samuel aceptó lealmente el cuestionamiento, e inició de inmediato el proceso que nos llevaba a dar a los indígenas el Espíritu Santo que cuida a la comunidad. En las diversas comunidades escogieron a los candidatos que, después de tres a cinco años de prueba, pudieran acceder al Diaconado permanente. Asimismo poco a poco se fue estructurando un diaconado que respondiera a las características culturales del indígena. O sea, que viviera, como todo indígena campesino, del fruto de sus manos, que atendiera a su esposa e hijos, que participara en todo del modo de ser en su propia cultura, que viviera en comunidad con sus gentes y tuviera como característica propia el ser servidor de los demás conforme al carisma indígena del ejercicio del poder que es estar al servicio de los demás. Su mujer participaría como esposa, del ministerio. La comunidad nombraría Principal al hombre y su mujer para velar y acompañar la actividad del candidato al diaconado. Este proceso y este lento caminar dio frutos extraordinarios para ir estructurando una iglesia autóctona en plena consonancia con la Iglesia universal. No cabía duda, el Espíritu Santo estaba con nosotros.

9. Bajo el signo de la contradicción

Sin embargo, la contradicción se presentó. En un principio, después de las inspiradas palabras del Principal Domingo Gómez que nos pusieron de manifiesto en qué estaba nuestra opresión eclesial sobre ellos, se inició un proceso entusiasmante en el que las comunidades escogieron sus candidatos al Diaconado permanente, previsto por el Concilio Vati-

cano II. Todos estábamos de plácemes por este inicio prometedor. Don Samuel avaló este nombramiento de las comunidades y se comenzó la experiencia de prueba que se planeaba fuera de tres a cinco años. Después de una evaluación, se determinaría el camino a seguir.

La problemática no era sencilla. Se partía del hecho de la participación comunitaria, característica de las etnias indígenas de América Latina. Por una parte, teníamos el cuestionamiento expreso de la necesidad de superar una Iglesia autoritaria que de una u otra manera se imponía culturalmente y de hecho impedía que las etnias tuvieran voz propia en el desarrollo de la evangelización de sus pueblos. Por otra parte, la experiencia comunitaria abría posibilidades de encontrar caminos inéditos de una iglesia más participativa, que pudiera superar la rigidez de una clericalización que trasladara esquemas ajenos a la comunidad e impusiera un caciquismo de nuevo cuño. La discusión fue larga y penosa. Ambas posturas buscaban dar a las comunidades esa libertad evangélica, característica de los inicios apostólicos, que atendiendo a su propio «genio», lograra configurar una Iglesia de rostro y corazón verdaderamente indígena.

No se llegaba a un acuerdo de ambas tendencias. El signo estaba puesto: la elección comunitaria de los candidatos al Diaconado. Pero ¿cómo superar la tentación de clericalizar el proceso? ¿Cómo lograr que fuera un legítimo impulso a una participación verdaderamente comunitaria, que tuviera la fuerza del «acuerdo» comunitario y no cayera en un cacicazgo asfixiante? Se llegó a un estancamiento del proceso por lo cual no se avanzaba en ninguna dirección.

Las comunidades se encargaron, con la percepción característica de su vida comunitaria, de romper la inmovilidad en que se había caído. Ellos en su práctica vital habían integrado los dos elementos en choque: el estabilizador, que podía llevar al clericalismo y al caciquismo; y el

participativo, que podía llevar a la actitud subjetiva sujeta a influencias externas que acabaran por destruirla.

Partiendo del signo aceptado, el Diaconado y las comunidades fueron poniendo en práctica sus mecanismos propios para que esta nueva figura estuviera y se desarrollara dentro de los mecanismos comunitarios y participativos, que tienen como expresión el «acuerdo comunitario». No es un cacique, una autoridad excluyente, sino un servidor. No es un escogido, un separado de los demás, sino que es un llamado a velar por el bien de todos.

Las comunidades más apartadas y necesitadas de atención pastoral fueron las que abrieron el horizonte. Poco a poco, en el curso de seis años, fueron viviendo la práctica del prediaconado y avanzando ellos solos, guiados por su genio comunitario, en la consolidación de esta figura que se fue encarnando en su cultura. Pedían a su obispo que aumentara el número de candidatos al Diaconado y que diera la ordenación a los que ya tenían el tiempo y la experiencia exigida en el primer proyecto.

10. La nueva etapa

Don Samuel se trasladó a esas comunidades ubicadas en las espesuras de la selva. Corría marzo de 1981. Cada comunidad presentó sus candidatos: el prediácono y su mujer, el Principal y su mujer. El obispo hizo la investigación pertinente para dar «el cargo» a los escogidos. Terminado el diálogo, los Principales cuestionaron al obispo. «Tenemos en la región a varios prediáconos que recibieron su nombramiento hace ya seis años, dijeron. Según el acuerdo, a los cinco años como máximo se debía hacer una evaluación. La estamos esperando para que reciban el diaconado en caso positivo.» Don Samuel les preguntó: «¿ya tienen su propia evaluación?» «Sí, respondieron, ya sabemos quién puede recibir el Diaconado y quién no.» En ese momento don Samuel hizo públicamente la evalua-

ción con ellos. De diez candidatos, seis resultaron positivos. Al día siguiente el obispo confería el Diaconado a estos indígenas.

Se iniciaba así una etapa nueva. Misteriosamente el Espíritu había conservado la experiencia y ahora en las comunidades más apartadas y desprotegidas suscitaba personas lúcidas y congruentes que pedían a su obispo se cumpliera el acuerdo sellado seis años atrás. Nacía así la posibilidad de llegar a una verdadera Iglesia autóctona en plena comunión con su obispo bajo las directrices del Concilio Vaticano II. No cabía duda, no estábamos solos, la promesa de Jesús se seguía cumpliendo y el Espíritu seguía su trabajo entre nosotros.

11. La acción comunitaria

De esta manera, se inicia en la región un amplio trabajo de atención pastoral a través de cursos, visitas y participación a todos los niveles de una evangelización encarnada y comprometida. Ya no son solamente los encargados de la evangelización venidos de fuera los que llevan adelante este trabajo pastoral, sino que durante el decenio de los años 80 se va configurando, a raíz del Diaconado que rápidamente se instaura en la región toda, una gama de actividades y responsabilidades en las que participan todas las comunidades. Es impresionante constatar la variada y profunda actividad del Espíritu, que suscita, fortalece, abre horizontes y consolida una vigorosa Iglesia autóctona, sencilla, humilde como en los tiempos apostólicos, pero se lleva a la conciencia de todos el compromiso cristiano dejado por Jesús. El llamado de Jesús a formar una familia, a realizar el mandato del amor, lleva a la organización en defensa de los derechos humanos, impulsa a buscar caminos para abatir las lacras del alcoholismo, del hambre, del abuso y la opresión. Y en medio de mil dificultades, oposiciones, calumnias y agresiones, el Espíritu continúa su labor de dar este testimonio de fortaleza que recuerda los tiempos apos-

tólicos, y que parte de los más pobres e ignorantes. Una vez más se hace evidente que no estamos solos.

12. El futuro

El espectáculo que está dando la Iglesia de San Cristóbal con su obispo a la cabeza, es de una comunidad valiente, trabajadora, fiel, que no se arredra ante la opresión y que nos recuerda la lucha de David ante Goliat. Humanamente esta comunidad está amenazada de extinción. Pero los caminos del Espíritu son misteriosos. Mientras la espada de Damocles está sobre su cabeza, sigue la comunidad buscando y realizando mayor organicidad, mayor compromiso, sigue buscando en el pozo rico y profundo de sus tradiciones ancestrales, el líquido fecundo que le da vida y originalidad.

Busca ahora, en medio de la amenaza de muerte y de extinción, cómo llegar al sacerdocio conforme a su modo de ser, en plena comunión eclesial, pero con las características propias de su cultura. ¿Cuál será el camino que abra el Espíritu? No lo sabemos. Pero ante estas realidades tenemos la confianza de saber que no estamos solos.